

elegante la figura maestra de una por-  
diosera; parecía una de esas magníficas  
pinturas que representan un miserable.

La criada se vió de cuerpo entero,  
y en vez de verse la cara se vió los piés.

Todos estos detalles pasaron des-  
apercibidos para Concha.

—No hay nada, dijo la criada.

Concha le fijó la mirada.

—¿Cómo no hay nada? habrá plata.

—Nada, volvió á decir la criada ha-  
ciendo girar el espejo; vea usted.

Concha se levantó y lo registró to-  
do, y después se quedó pensativa.

—Lleva esto, dijo al fin, y tiró á la  
criada un vestido de gró negro.

La criada hizo un lío en una toalla y  
salió de la habitación.

.....

Hay algunos millones de pesos en  
circulación en el país, debido á que al-  
gunos miles de usureros se han colo-

cado enfrente de la miseria y de las  
malas costumbres

La miseria, no obstante, no es la  
principal proveedora de las casas de  
empeño.

Un poco de orden y el infame co-  
mercio languidecería; un poco de mé-  
todo y de amor al trabajo, y la circu-  
lación de la usura dejará de ser la vo-  
rágine de las clases menesterosas.

La pereza está al lado de las nece-  
sidades, para proporcionar el recurso  
fácil del empeño al que tiene, por dicha  
de los usureros, la torpeza de olvidar  
la aritmética en estos tiempos.

El Monte de Piedad está legítima-  
mente instituído bajo el manto de la  
beneficencia pública. Tal fué la mente  
del Sr. D. Pedro Romero de Terreros,  
cuando el año de 1775 cedió trescientos  
mil pesos para la fundación de ese  
establecimiento en México.

Efectivamente, ese ogro que se llama la miseria pública, se arrastró hueraño pero consolado, hasta las puertas del suntuoso edificio; y por medio de una operación piadoso-mercantil, vió convertirse un trapo, inútil por el pronto, en un pedazo de pan.

El hambre logró ver el algodón, la lana, la seda y los metales color de pan: ¡ilusión risueña!

Pero la pereza que también trabaja para mantenerse, la holgazanería y todos sus hijitos los vicios, á la sombra del gran pensamiento filantrópico se disfrazaron de miseria, y también se arrastraron hasta las puertas del Sacro y Nacional Monte de Piedad de ánimas.

Pero volvamos á Concha, que de nada de esto tiene la culpa, pues no ha tenido más parte en lo que pasa, que haber nacido bonita y pobre: desgra-

cia bien común y bien fecunda en resultados.

Concha presentía el derrumbamiento.

Todas las posiciones falsas tienen delante el precipicio.

Las loretas de París suelen caer desde el palacio al hospital.

Cuando á Concha se le acabara el oro no le quedaba más que la belleza, que es el capital que rinde más funestos réditos.

Concha, después de una larga meditación, se consoló viéndose en la luna de su ropero.

Hé aquí una de las ironías de la vida.

La explotación del capital más inmueble que se conoce: este era el porvenir de Concha, y no obstante, Concha no se espantaba: lo que tenía delante de sus ojos no era el abismo de

la prostitución con todos sus horrores, porque para ver ese abismo, se necesita tener educada la vista en la moral y en los buenos principios; la pobre Doña Lola nada supo en su vida de toda esa gerigonza.

Ella decía que era buena cristiana y lo decía sinceramente: en efecto, oía misa y rezaba, y si no le había enseñado más á Concha era porque ella misma lo ignoraba.

Concha, abandonada por Arturo, no sería, en todo caso, más desgraciada que Doña Lola abandonada por Don Jacobo; *lanzado á la revolución*.

¿A quién apelaría Concha? A nadie, á ella misma.



#### CAPÍTULO IV

El lector encuentra á los pollos y se entera de lo que les sucedió después de la cena en Fulchieri

CUANDO los pollos salieron del café, buscaron campo y se fueron al jardín del zócalo.

Arturo tomó la palabra y poniendo gruesa la voz, dijo de este modo:

—Pío, es necesario que nos matemos.

—Nos mataremos, contestó Pío Blanco.

Pero señores, exclamó Pío Prieto, veremos si el asunto puede arreglarse de otro modo.